



Muestra
promocional

**Prohibida
su venta**

© Santillana



Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana



www.loqueleo.com/ec

© 2022, Hans Behr Martínez

© De esta edición:

2023, Santillana S. A.

Vía a Nayón y Av. Simón Bolívar

Centro Corporativo Ekopark, torre 5, piso 5

Teléfono: 335 0356

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central © Santillana

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-31-584-7

Derechos de autor : 063391

Impreso en Ecuador por Imprenta Don Bosco

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Agosto 2022

Segunda impresión en Santillana Ecuador: Enero 2023

Dirección editorial: María Soledad Jarrín

Coordinación editorial: Gabriela Tamariz

Edición: Mauricio Montenegro

Ilustración: Paola Karolys y Gabriel Karolys

Corrección de estilo: Andrea Carrillo Andrade

Diagramación: María José Quevedo

Autoría de actividades: Paulina Simon

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.



El custodio

Hans Behr Martínez

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana



loqueleg



Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

*A un amigo,
el padre José Giner,
quien deberá imaginar
más opciones y caminos
que los presentados en este libro.*

Muestra
promocional

**Prohibida
su venta**

© Santillana



*Nunca he conocido
ningún perro «fabricado» para un solo amo.
En lejana compensación a su fidelidad y amor,
el perro de esta historia lleva su nombre.*

Muestra
promocional

**Prohibida
su venta**

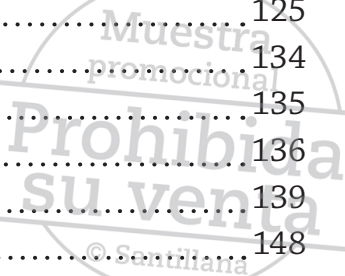
© Santillana

Índice



La historia de las perlas	13
Versalles	17
El pez azul	25
El asalto	32
El guerrero	35
Eleazar	45
Josafat	54
El tercer hombre	59
El joven de las ojeras	65
El silencioso avance del mal	70
Cou-chi	74
La partida del guerrero	78
Los pensamientos de Josafat	84
Los problemas del carpintero	91
Badosa	96
La prueba del guerrero	101
La prueba del hombre generoso	108
Namer	119

Reflexiones	123
La última prueba	125
Un candil en la oscuridad	134
Pese al esfuerzo	135
El prodigio	136
Polpai	139
El final	148
Biografía	155
Cuaderno de actividades	157



La historia de las perlas



El niño de cabellos alborotados levantó su cabeza. Y, como era costumbre cada vez que concebía algo que creía fascinante, sus ojos azules parecieron centellear. Al mismo tiempo, producto del movimiento y de ese repentino esplendor, un ave que descansaba sobre un muro cercano alzó el vuelo rápidamente. 13

—Padre... ¿podrías contarme la historia de las tres perlas?

En todo sentido, era una pregunta bien elaborada. En parte, porque el niño llenaba de entusiasmo sus palabras. Ayudaba a su padre en cosas de carpintería y había detenido su tarea de alisar maderos para pronunciarla. También, había interpuesto a propósito un pequeño silencio después de la palabra «padre» y aplicado lentitud y precisión a cada sílaba, como si, repentinamente, escuchar la historia fuese lo más importante en su vida.

Además, la interrogante había sido formulada en el momento propicio.

Una pregunta que nace cuando debe nacer, y no antes o después, genera, si no la aceptación inmediata del oyente, por lo menos, su reflexión, que desde ya se convierte en la mitad de un «sí».

14 El padre también detuvo su trabajo. Enderezó su cuerpo con algo de dolor, su espalda traqueteó, pues ya no era joven y había estado largo rato agachado, introduciendo a puro pulso la pata engomada de una silla. Luego, respiró con alivio.

De lejos, ayudado por el viento de la tarde, llegaba el canto de uno de esos hombres que se ganan la vida en el desierto; a ratos, se oían las notas de flautas y el golpeteo de tamborcillos que las acompañaban.

El sol estaba aún por caer. Se lo podía apreciar desde el patio donde se hallaban padre e hijo. Si se trataba de medir con las manos cuánto faltaba para que la esfera anaranjada tocara el horizonte, la distancia era, quizás, de tres dedos unidos o un poco más.

El padre arrugó la frente en su intención de calcular cuánto tiempo más tendrían luz natural.

—¿Otra vez? ¿Quieres escucharla otra vez? —preguntó con asombro—. Te la he contado por lo menos las veces que una oveja bala en el día.

Además, no falta mucho para la cena y me comprometí a entregar este encargo mañana.

—Siempre que la escucho es como si lo hiciera por primera vez.

El hombre sacó de su cinturón de carpintero una piedra rugosa, una escuadra y un cincel, los colocó a un costado, sobre un murito de adobe, que con los años se había convertido en una especie de aparador, y se cruzó de brazos, observando al pequeño.

—Padre, detendré el tiempo si es necesario —insistió el niño, y en su mirada no había una pizca de broma.

El hombre sonrió por la ocurrencia. Luego, con un movimiento de hombros, soltó una carcajada silenciosa (reía abriendo la boca, pero sin emitir sonido alguno).

—Siempre te sales con la tuya —le dijo—. ¿En verdad, no te cansas de escucharla?

—No, padre. Al contrario. Es como cuando presencio un amanecer: disfruto del fresco que viene del lago, de las aves que celebran su alegría. ¿Acaso un amanecer hermoso borra el deseo de ver otros? No lo creo. Cada uno, aunque se parezca al anterior, es único e irrepetible. Cada uno tiene su encanto propio, como las personas que tienen algo que ofrecer.

El hombre colocó sus manos sobre los hombros del pequeño. Se dirigieron a una banca de madera ubicada frente a la montaña sagrada. Era el sitio preferido para contar historias.

Todavía se escuchaban las melodías de las lejanas flautas, los rítmicos golpecillos de los tambores y el canto del hombre del desierto. El grave acento, con seguridad, le pertenecía a alguien cercano a la vejez.

El sol no había descendido lo suficiente.

—Bien, pero interrumpiremos la historia cuando tu madre anuncie la cena. No es propio de varones respetuosos hacerla esperar.

El niño tenía doce años y sus piernas ya no colgaban de la banca, pero era como si en ese instante regresara a sus seis o siete años. Nada se comparaba a su sonrisa mientras esperaba que el padre hablara.

—Cuéntamela como si nunca la hubieses contado. Inventa otro principio. Ese es el secreto de contar las cosas, como tú mismo lo has dicho antes.

—Es decir, con todos los detalles —aclaró el padre.

—Y si por allí aparece uno nuevo, mejor.

Versalles



—Escucha con atención —dijo el padre.

17

A veces se mezclan partículas de estrellas, vientos huracanados y sueños de cometas fugaces para crear un ángel con algún don en particular. Entonces, es enviado a la tierra para cumplir instrucciones especiales. Ese fue el caso de Versalles, a quien, en el lugar donde mora todo lo bueno, se lo empezó a conocer como el ángel de la cítara, un instrumento musical de cuerdas semejante a la guitarra. Por donde iba, la llevaba colgada en su espalda.

—Amar lo que cargas te ayuda a cargarlo —dijo el niño.

—Correcto.

Sin embargo, este ángel músico, en contra de lo que puedas imaginar, no poseía un rostro tierno ni

angelical, como era de esperarse, sino uno un poco áspero, de león enojado, sobre todo por el ceño fruncido y las espesas cejas que ahondaban su mirada y sus largos cabellos.

—Mmm... parece como si lo hubieras visto.

18

—Hijo querido —rio el contador de historias, dándose una palmada en el muslo—, no te asombres por mi entusiasmo. Solo te ruego que me dejes seguir. Recuerda que la noche se aproxima.

El niño respondió con una afirmación silenciosa. El padre pudo continuar con el relato:

Un día, en el lugar donde mora todo lo bueno, el Creador se acercó a este personaje.

—Versalles, ha llegado la hora —le anunció—. Te encomendaré la misión para la que has sido creado. No será sencilla.

—A la orden, Comandante —contestó el ángel inclinando el rostro con suprema reverencia—. He estado esperando.

—No me gusta que me llames así —replicó Dios con firmeza—. Te diré lo que debes hacer: irás a la tierra, caminarás entre los hombres sin divulgar tu

identidad, nadie la conocerá... causaría muchos problemas y preguntas. Durante ese tiempo, padecerás sus necesidades: frío, calor, sueño, hambre; comerás y dormirás con ellos, los conocerás... y tendrás un don: la observación. Observarás a las personas... y hallarás al protector, un custodio irreprochable. Lo necesito para algo muy especial.

—¿Un protector? ¿Un custodio humano? 19
—reclamó el ángel—. ¿Para ti, el Todopoderoso, el que traza cada día el vuelo de todas las aves? Disculpa si peco de entrometido, pero tú posees un ejército inconmensurable que cumple con gusto cada una de tus órdenes. Podrías elegir incluso al arcángel San Miguel, el de la espada de fuego, ¿pero un humano? Te recuerdo que de barro son y, por lo tanto, no son confiables. Cambian siempre de parecer.

—¡Ah!, Versailles, Versailles —expresó el Creador, moviendo su luminoso rostro de un lado para otro y ocasionando con esto problemas de exagerado resplandor en las campiñas celestiales—. Como los ángeles que se inician, eres impetuoso. ¿Acaso, durante tu aprendizaje, los maestros no te enseñaron que nadie puede entender ni descifrar los pensamientos de Dios?

Muestra
promocional

Libida
su venta

© Santillana

